

## CAPITULO XX.

## UNO DE LOS MIL EPISODIOS.

Después de concluida la capitulación, el convenio, ó lo que se le quiera llamar, arreglado en parte con el general Oronoz en Colima y en parte con un jefe francés en Sayula, Echegaray, Zenea y otros jefes tomaron el camino del interior, D. Julio Garcia se estableció en Guadalajara lo mismo que se encontraban allí ó en los alrededores otros generales como Galvan, Solis, Vega, Cuervo, Echeverría etc. no siendo pocos los jefes liberales que estaban aquí y allá completamente ocultos esperando la oportunidad de lanzarse á la pelea con cualquier elemento de combate.

El coronel Apolonio Angulo, que fué hecho prisionero en Oaxaca al lado del general Diaz, llegó en ese tiempo á Guadalajara libre ya de la prision que

se le habia hecho sufrir en Puebla. Habia pues, bastantes jefes con quienes poderse poner en contacto para conspirar contra el Imperio, y pusimos manos á la obra. Con lo primero que tuvimos que tropezar fué con la gran vigilancia de que éramos objeto: fué necesario recurrir á medios extraordinarios para poderlos mantener en comunicacion. Inventamos al efecto un abecedario de señas, una clave de palabras, y un telégrafo de señales, y de este modo llegamos á ponernos de acuerdo en un plan general de insurreccion que debia estar apoyado en los movimientos parciales preparados con alguna paciencia en las poblaciones de Jalisco. Estos fracasaron poco á poco y el principal tuvo que seguir igual suerte.

Referiré como una muestra de nuestros trabajos lo que sucedió en Cocula.

El coronel Angulo fué el designado para establecer la línea militar en el Poniente de Jalisco. La chispa debia prenderse en Cocula para que de allí corriera como un reguero de pólvora conmoviendo á los pueblos de Ameca, Ahualulco, Tequila, Etzatlan etc. El valiente coronel D. Trinidad Rodriguez, que habia sido uno de los agentes más eficaces para preparar el movimiento, estaba de antemano en aquella poblacion. Contaba ya con la pequeña guarnicion que allí habia, ménos con los oficiales. Rodriguez para mayor seguridad quiso entenderse con ellos mismos y esto fué lo que vino á trastornar el hilo de los sucesos. Los oficiales fingieron encontrarse de acuerdo para descubrir por este medio todos nuestros planes. Ocurrieron á Angulo, para que se los explicara, pues que

solo conociéndolos podian aventurarse á jugar la partida.

—¿De qué partida se trata? pregunto Angulo.

—¿No es vd. el general que viene á mandar la línea?

—Ni yo soy general ni sé de que línea se trata.

—Pues es que el coronel D. Trinidad Rodriguez, nos ha hablado....

—No lo conozco; yo vine á ver á mi familia.

Los oficiales se hicieron sospechosos para con Angulo y por tal motivo se manifestaba ignorante de lo que pasaba; pero no por eso dejaron aquellos de dar parte violento á Guadalajara, recibiendo órdenes en seguida para aprehender y fusilar á aquellos dos jefes.

En efecto, se apoderaron de Rodriguez, escapándose Angulo que corrió á ocultarse en Guadalajara.

Trinidad Rodriguez fué metido en un calabozo y cargado de cadenas: al dia siguiente debia verificarse la ejecucion sin forma de juicio. Todos cuantos medios de seguridad se juzgaron eficaces, fueron puestos en vigor para que el preso no pudiera escaparse. No solo estaba encerrado con cerrojos entre cuatro paredes, sino encadenado de piés y manos y rodeado de centinelas.

Al oscurecer sintió que se abria la puerta del calabozo y que un hombre se acercaba andando con las puntas de los piés al lecho donde se encontraba prostrado.

Rodriguez pensó que habia llegado su última hora.

—Mi coronel, dijo una voz apénas perceptible, soy el sargento de la guardia.

—¿Que se ofrece? preguntó el preso sobresaltado.

—¡Chist! dijo el sargento, no haga vd. ruido.

—Pero que es lo que hay?

—¿Quiere Vd. salir de aqui?

Rodriguez se sonrió ante semejante ofrecimiento, juzgándole cuando ménos absurdo, si es que no venia oculta tras él una celada.

—Soy sargento, insistió aquel queriendo dar á su voz, apénas perceptible, el acento de la sinceridad, soy sargento y dispongo de la guardia.

Como por desesperada que sea la situacion de un hombre siempre se halla dispuesto á asirse del más ténue rayo de esperanza, Rodriguez contestó incorporándose:

—Y bien, en caso de que eso sea posible, ¿que es necesario hacer?

—Confiar en Dios, mi coronel, lo demás corre de mi cuenta.

—Cual es tu proyecto?

—A las doce de la noche en punto damos el golpe.

—Qué golpe?

—¡Chist!

—Vamos, pues, adelante y suceda lo que suceda...

—Hasta luego, mi coronel. A las doce en punto ¡alerta!

—Gracias!

Rodriguez le estrechó la mano en la oscuridad y el sargento se alejó haciendo como que revisaba las ce-

rraduras porque habia escuchado las pisadas de los centinelas que hacian el relevo.

—Hubiera visto siquiera el semblante de ese hombre, murmuraba Rodriguez, era indudable que en sus ojos descubriría si era verdad ó mentira.

De todas maneras le vino una ansiedad la mas espantosa y empezó á contar desde aquel momento no solo las horas, sino los cuartos y los minutos.

A cosa de las once de la noche percibió algun rumor, aplicó bien el oido y pudo notar que los soldados hacian líos con sus frazadas, cargaban las armas á la sordina y se cambiaban palabras en que no se oia el metal de la voz sino el soplo de la respiracion.

El sargento de la guardia se paseaba á lo largo del corredor silbando muy quedo para disimular su agitacion.

El corazon de Rodriguez palpitaba con tal fuerza, que parecia querer romperle el pecho: él se lo sujetaba con las dos manos temiendo que los latidos fueran á despertar á los oficiales.

A los cinco minutos el movimiento dejó de percibirse: todos se habian acostado y el silencio que se sucedió fué tan profundo que ya no se escuchaba mas que el latir apresurado del corazon de Rodriguez.

Dieron los tres cuartos para las doce en un reloj vecino.

Los quince minutos que siguieron fueron de verdadera angustia para Rodriguez y le pareció que duraban una eternidad.

—¡Me habrán engañado? se preguntaba, ¿se atre-

verán á dar el golpe? Qué interes han de tener esos infelices en jugar su vida por salvarme....?

¡Ah! sí, pueden ser muy bien trabajos de mis amigos que no han podido dejarme abandonado.

Todo el que se encuentra así, cree que no le abandonan sus amigos.

Al fin sonó la primer campanada de las doce... se oyó la segunda... los soldados comenzaron á incorporarse... un centinela tosió como si fuera una señal convenida. Al dar la última campanada, los soldados estaban de pié y un tiro habia resonado. ¡Acababa de morir el comandante de la guardia!

Aquel tiro fué la señal de alarma y comenzó una lucha encarnizada y terrible. Mientras unos soldados respondian al fuego de una parte de la guardia que no habia querido sublevarse, otros pugnaban por abrir la puerta del calabozo de Rodriguez, cerrada con cerrojos y sin que nadie supiera quien podia tener la llave. Algunos empezaron á disparar sus armas sobre la cerradura, y otros quisieron incendiar la puerta con el fuego de los fusiles.

Rodriguez estaba corriendo el mayor peligro de que lo asesinaran sus defensores, pues llovian las balas en torno suyo.

Al fin, al impulso de un esfuerzo combinado, la puerta vino abajo, y los insurrectos tuvieron un jefe inteligente y resuelto, pero este jefe no podia moverse por el peso de las cadenas.

—¡Maldicion! exclamó el sargento, cómo no las llamamos anoche.

Y dió la orden de que fuera sacado en brazos. Entónces comenzaron las nuevas angustias. ¿Cómo harían para libertarlo de aquellos hierros inmediatamente? Hubo también á quien se le ocurriera romper las ligaduras á balazos.

Un herrero de la poblacion advertido á tiempo ó adivinando lo que pasaba, llegó oportunamente con sus instrumentos y se puso á trabajar con verdadera heroicidad en medio de los silbidos de las balas.

Entónces se verificó una escena tristemente conmovedora: la jóven esposa de Rodriguez, que se encontraba con algunas personas de su familia residente allí, en una casa inmediata, al oír los tiros se figuró que estaban pasando por las armas á su marido y salió á la calle llevando á sus dos niñas en los brazos.

A pesar de que el fuego de la fusilería era nutrido, el amor conyugal se sobrepuso al natural temor en un corazon femenino y la intrépida jóven llegó hasta echarse en brazos del sér amado que buscaba. Viéndole que estaba en camino de encontrar la salvacion, derramó lágrimas de enternecimiento y se alejó solo en virtud de reiteradas súplicas, con la ansiedad que es consiguiente á quien deja corriendo el mayor peligro á la mitad de su alma.

Luego que se vió libre el coronel Rodriguez de aquellas dobles cadenas, dió organizacion á su pequeña tropa y contestó al vigoroso ataque del otro oficial que habia recogido ya la fuerza que estaba en el cuartel cayendo sobre los fugitivos con el ímpetu de la superioridad. El resultado del combate no se

hizo esperar mucho: el segundo oficial también murió y los soldados tuvieron que dispersarse.

Aquellos dos desgraciados oficiales fueron víctimas de la misma intriga que ellos habian urdido pagando con la vida su villana accion.

Todavía esperaba á Rodriguez en aquella madrugada un lance mucho más sério. Había vuelto apenas al lado de su familia, la cual no se cansaba de bendecir á Dios por aquel milagro, pues que solo por un milagro podia estar libre á aquellas horas en que estaba ya condenado á muerte, apenas comenzaba á reponerse de la fatiga, cuando vinieron á avisarle que una fuerza enemiga, toda montada, estaba entrando en la poblacion.

Mandó ensillar y, se encontraban sus mozos en esa operacion, cuando se oyó el tropel de los caballos.

Una ansiedad mortal se pintó en los semblantes de aquella desgraciada familia.

Con los alientos querían dar alas á Rodriguez para que pudiera salvarse.

Luego que el caballo estuvo listo, mandó abrir la puerta de par en par, dió una mirada de despedida á su mujer y á sus hijos, hincó las espuelas en los hijáres del brioso animal y salió á la calle con la velocidad de un relámpago.

La fuerza enemiga que estaba muy inmediata, le vió salir y fué seguido tan de cerca que le disparaban las pistolas á quemarropa.

Hubo un momento en que se vió cercado por to-

das partes por el enemigo que le hacía una encarnizada persecucion, tratando de cogerlo vivo ó muerto.

El caballo era excelente y pudo sacarlo sano y salvo de la poblacion.

Pero los perseguidores eran muchos y tambien llevaban buenos caballos. El jefe exhortaba á sus compañeros diciéndoles:

—Seria una vergüenza para nosotros si lo dejáramos escapar. Un esfuerzo más y es nuestro.

Hubo instantes en que Rodriguez corriendo por aquellos campos, á la ventura, y encontrándose continuamente con obstáculos imprevistos se juzgaba perdido.

Por fin llegó al bordo de una barranca profunda que era imposible salvar.

—Ahora sí, exclamó lleno de gozo el jefe, que iba siempre por delante en la persecucion.

Rodriguez, sin perder un segundo ante la disyuntiva de ser fusilado á la vista de su familia ó de morir despenado, escujo el último estremo y abandonando el caballo se precipitó en el abismo.

Los perseguidores se detuvieron aterrados.

Ninguno hubo que se atreviera á seguir al fugitivo en tan peligroso descenso.

El jefe se contentó con exclamar volviendo las riendas de su caballo:

—¡Ya es muerto!

Sin embargo, Rodriguez estuvo en esa misma no-

che en Cocula en el seno de su familia precisamente á la hora en que los imperialistas estaban celebrando su derrota y su muerte.

¡Y estos terribles episodios, casi no eran notados ni notables en aquella época!

## CAPITULO XXI.

### LA VIDA EN UN HILLO.

Otra escena de emociones pero con incidentes algo comunes se representó á los pocos dias de los sucesos que acabo de referir en Guadaluajara. Pido perdon al lector si encuentro trivialis á algunas de mis relaciones: escrito lo que se refiere á aquella época por el orden en que lo consigné en mi libro de memorias. Yo no tengo la culpa si no son todos los acontecimientos igualmente interesantes y conmovedores.

Al amigo el general Apolinario Angulo, que habia salido en consecuencia de la prision y muerte que le habian ocasionado en Cocula, durante la encarnizada persecucion que le hicieron las autoridades imperialistas,